

VIVENCIA DE LOS SONIDOS por el Niño pequeño

Para nosotros es muy importante reconocer si un sonido que llega a nuestros oídos proviene de un ser viviente o de un objeto, ya que ello nos permite profundizar nuestras sensaciones y asociar a éstas nuestros sentimientos. De igual manera, es altamente significativo para el niño pequeño cuáles son los sonidos que llegan a su oído y de dónde provienen.

El sonido de una campanilla, cuya pureza y claridad "envuelven" la cunita del bebé, o los cantos de los pájaros que entonan en los árboles bajo los que se halla el cochecito del niño, son sonidos familiares al pequeño, que sonrío al oírlos y empieza a producir sus primeros sonidos propios, parecidos a los que escucha. Sin embargo, el niño puede asustarse fácilmente cuando nos acercamos a él con un cariño demasiado obvio o con una risa demasiado fuerte.

Es cierto que no podemos mantener alejados del niño todo disturbio y ruido fuerte. Nadie que viva cerca del ferrocarril o en una calle con mucho tráfico podrá evitar los ruidos. Pero en el entorno inmediato del niño, sí tenemos la posibilidad de mantener alejados de él ruidos molestos o innecesarios.

No es necesario que los hermanitos mayores se acerquen a la cunita silbando como un tren en acción o que la aspiradora funcione cerca del bebé. Pensemos, sobre todo, en nuestras propias palabras o conversaciones. Estas pueden significar música para el niño si provienen de nuestra cariñosa comprensión. En cambio, peleas, discusiones y accesos de cólera actúan de forma tan perniciosa sobre el organismo infantil que Rudolf Steiner señala en su antropología estos efectos nocivos como causantes de numerosas enfermedades que suelen aparecer en la vejez.

Esta seria advertencia basta para que ya no pensemos que el bebé no se da cuenta de nuestras palabras feas o inapropiadas porque no comprende su contenido. ¡Es el tono el que hace la música! ¿Y no es ya el sonido de la voz materna capaz de crear armonía entre el niño y el ambiente que lo rodea?

Pero también ahí tenemos la posibilidad de hacer algo más. Al rezar con los más pequeños, nuestra voz cambiará de acuerdo a las palabras rítmicamente pronunciadas. Si las decimos con calma y tranquilidad, ayudarán a que el niño se serene y se sienta más seguro. Si completamos estos minutos tranquilos cantando una pequeña canción de cuna, el niño experimentará algo así como un suave abrazo de otro mundo que lo conducirá al sueño.

Yo creo que las jóvenes madres de hoy sienten cada vez más el deseo de ayudar así a sus niños porque reconocen más conscientemente los efectos de estos detalles.

Para acompañar la canción nocturna o bien para tocar una pequeña melodía sin palabras, la lira es muy adecuada, pues sus cuerdas tienen ese suave y vibrante sonido que es muy agradable al oído infantil.

Pero hay otro instrumento especialmente agradable para el niño pequeño, el "*Glockenspiel*" (Cascabeles, juego de varillas metálicas). Los hay en escala pentatónica, que el niño mismo, ya desde pequeño, puede hacer sonar, pero que también pueden ser tocados por los adultos sin producir disonancias y sin que sea necesario interpretar canciones complejas. Este instrumento tiene ese sonido flotante que perdura en el ambiente.

Sin embargo, toda clase de buena música tocada en flauta dulce, violín, violonchelo o piano hará bien al niño, siempre que no sea ejecutada demasiado fuerte o muy cerca de él.

No pocos jóvenes recordarán con gratitud haber podido escuchar, antes de dormirse, las nobles sonoridades de fugas de Bach, por ejemplo, ejecutadas en una pieza contigua, y a las que más adelante rememorarán como buenos amigos cuando ellos mismos las aprendan a tocar.

La música de jazz estridente irrita las delicadas fibras nerviosas, y el excesivo volumen del receptor de radio perjudica el oído fino. Si bien a veces pareciera que los ruidos fuertes de una máquina agrícola afectan menos al niño que el apacible balar de las ovejas, es un hecho que este último sonido es más adecuado para el pequeño que aquél, por lo que trataremos de brindárselo en la medida en que las circunstancias lo permitan.

La época de la niñez protegida es muy corta; con demasiada rapidez debemos familiarizar a los niños con los ruidos de la técnica. Por ello queremos brindarles la ayuda que les permita sumergirse en el mundo de los sonidos puros.

Todo niño puede aprender a tocar la flauta dulce; un instrumento de cuerda es el más adecuado para educar el oído musical, y el piano puede ser para el niño ya mayor una gran ayuda para lograr relajarse y encontrar un equilibrio interior.

Si un niño llega a casa después de una mañana plena de trabajo escolar que le exige sobre todo el intelecto, el poder tocar el piano lo hará revivir, ya que podrá activar su organismo rítmico, que se manifiesta en la respiración y en la circulación. ¡De qué manera distinta seguirá un concierto con las obras de los grandes compositores si él mismo aprendió a tocar un instrumento, aunque sea en forma modesta!

Y no olvidemos el canto, que tiene el don de animar a la juventud, de unir a padres e hijos y de brindar a las festividades un calor cordial.

Una niñez feliz, vivida cantando y haciendo música, dará a la juventud las fuerzas para encontrar con seguridad y claridad el camino correcto en esta época tan tecnificada.

Aportación de Martha Ruigómez S.